

# Revista Teológica

Publicación Trimestral de Teología y Homilética Luterana

Redactada por la Facultad del Seminario Concordia

Editor: Fr. LANGE

---

## CONTENIDO :

	Página
Qué implica el firmar confesiones escritas . . .	1
El Espíritu Santo y la Obra Misionera . . . . .	19
La Fiesta de la Reforma . . . . .	27
Bosquejos para Sermones . . . . .	34
Sabía Vd. ? . . . . .	48

Publicado  
por  
La Junta  
Misionera  
de la  
Iglesia  
Evangélica  
Luterana  
Argentina

## Homilética

### LA FIESTA DE LA REFORMA

*31 de Octubre*

La liturgia luterana es la única que designó un día para celebrar la Fiesta de la Reforma. El origen de dicha fiesta puede remontarse a la conmemoración anual de la traducción de la Biblia al idioma alemán, o a la práctica de celebrar anualmente un culto recordatorio de la introducción de la Reforma. Ya por el año 1528 se halla una celebración tal en el ritual que Bugenhagen elaboró para la Iglesia de Brunswick. El ritual de Pomerania fija como fecha el día de San Martín, en memoria del nacimiento de Lutero en la víspera de San Martín. Algunos otros rituales designaron para festejar la Reforma el domingo después de la Natividad de S. Juan Bautista (24. VI), debido al hecho de que la Confesión de Augsburgo fué presentada el 25 de junio. Después de la guerra de los Treinta Años, el elector de Sajonia estableció el 31 de octubre como día para celebrar la fiesta conmemorativa. Consecuencia de esto fué que el día de Todos los Santos, fiesta importante que desde muy antiguo se venía celebrando el 1º de noviembre, quedó relegado a un plano secundario. Allí donde la Fiesta de la Reforma debe celebrarse un día domingo, sería conveniente escoger el domingo antes del 31 de octubre, a fin de que el día de Todos los Santos pueda festejarse adecuadamente el domingo después del 1º de noviembre. Hay una tendencia general de correr al domingo más próximo las fiestas que caen en día de semana; pero quizás sea tiempo de hacer serios y persistentes esfuerzos por inducir a nuestra gente a celebrar cada fiesta en su día señalado, aun cuando fuese día laborable. Tales esfuerzos han resultado exitosos en cuanto a los cultos cuaresmales celebrados entre semana. La Fiesta de la Reforma, tan inequívocamente luterana, ofrece una espléndida oportunidad para hacer un comienzo, sin peligro de que nuestra gente quede expuesta al concepto romano que aquí y allá matiza la "observancia" de la Cuaresma.

No estará demás recordar a los luteranos que, así como todas las demás fiestas del año eclesiástico, así también la Fiesta

de la Reforma se observa para glorificar a Dios, y no para glorificar a Lutero o a la Iglesia luterana o alguna rama de la misma. El objeto de la observancia tampoco es fustigar los males del papado. Antes bien, el propósito es agradecer y alabar a Dios por las bendiciones de la Reforma. La persona de Lutero, por supuesto, estará presente; pero Lutero no fué más que el instrumento que Dios empleó para hacer las grandes cosas en bien de Su Iglesia. Por esta razón es muy loable que la fiesta no se celebre en el natalicio mismo de Lutero; pues sólo al Señor Jesucristo y a Juan Bautista se les acuerde el honor de que su nacimiento sea conmemorado por la Iglesia. Quienes deseen conmemorar el día de nacimiento de Lutero, háganlo sin restarle otro domingo más a la estación de Trinidad, sobre todo si la Fiesta de la Reforma fué celebrada sólo uno o dos domingos antes.

*El Introito:* — “Jehová de los Ejércitos es con nosotros: nuestro refugio es el Dios de Jacob. Por tanto no temeremos aunque la tierra sea conmovida, y aunque las montañas se trasladen al centro de los mares. Dios es nuestro refugio y fortaleza, socorro muy bien experimentado en las angustias.”

El texto proviene del Salmo 46, que comúnmente es asociado a la Reforma. Cuando el himno “Ein feste Burg” apareció por vez primera, llevaba por título “Der XXXXVI Psalm”. El himno de Lutero es más que una paráfrasis métrica del salmo. Es en realidad un producto original que trata el tema del salmo davídico, y que en algunas de sus frases trae reminiscencias del texto bíblico.

*La Colecta:* — Oh, Señor Dios, Padre Celestial, te suplicamos derrames tu Santo Espíritu sobre tu pueblo creyente: haz que permanezcan firmes en tu gracia y verdad, protégelos y confórtalos en toda tentación, defiéndelos contra todos los enemigos de tu Palabra, y otorga a la Iglesia Militante de Cristo tu salvadora paz; por el mismo Jesucristo” etc.

Esa colecta se halla en el Orden del Culto de Sajonia, año 1539-40.

*La Epístola:* — Apoc. 14:6,7. A primera vista, ese texto se presta poco como base para un sermón. Hay, al parecer, difi-

cultades en separar del contexto al ángel y su mensaje; pues a este ángel primero sigue un segundo y tercero, ambos con presagios de ruina y perdición. La Antigua Versión de Valera traduce "el evangelio eterno", la Versión Moderna "un evangelio eterno". Lo que el ángel proclama no es otro evangelio, sino *el* Evangelio, el evangelio en la forma en que será presentado a las naciones cuando "haya llegado la hora de su juicio". Lutero dijo en cierta oportunidad que ese libro (Apocalipsis) no le gustaba, porque el espíritu reflejado en el Apocalipsis no armonizaba con los sentimientos de Lutero respecto del evangelio. Es que el alma grande del Reformador, embebida por entero del espíritu de reconciliación en Cristo Jesús, sentía que aquí hay algo diferente — así como el cristiano queda perturbado por los salmos imprecatorios. El mensaje del ángel es evangelio, pero evangelio en la forma que éste toma cuando la hora del juicio ha llegado. Quizás sea preferible usar la Epístola que asigna el "Common Service Book", Gál. 2:16-21, pasaje en que S. Pablo expone magistralmente la justificación por fe, doctrina central de la Reforma.

*El Gradual:* — "Grande es Jehová, y digno de ser en gran manera alabado, en la ciudad de nuestro Dios, en su santo monte. ¡Rodead a Sión, y andad en derredor de ella: contad sus torres; considerad atentamente su antemuro: mirad sus palacios; para que lo contéis a la generación venidera! ¡Aleluya, Aleluya! ¡Porque este Dios es nuestro Dios para siempre jamás: él nos guiará hasta la muerte! ¡Aleluya!"

El texto fué tomado del Salmo 48, que también es asociado generalmente a la Reforma. Jehová se revela a sí mismo como el gran Señor, el Dios de salvación, y debe ser alabado en gran manera en Jerusalén y en el monte de Sión, donde él reside en medio de los que son su pueblo por excelencia. La ciudad de Dios y el monte de Sión son imágenes proféticas de la santa Iglesia Cristiana, la comunión de los santos, a la que el Espíritu Santo llama, congrega, ilumina, santifica y conserva en Jesucristo en la única verdadera fe. En esta Iglesia, el Señor es grande y es alabado en gran manera. Rodead a Sión, marchad en torno de ella y encerradla, tal como Israel rodeó a Jericó. Inspeccionad si es perfecto el estado de sus defensas. Contad sus torres para ver si alguna de ellas ha quedado demolida. Examinad sus ba-

luartes consideradlo todo con atención, observad detenidamente, recorred el interior de sus palacios, para poder referir los resultados de vuestra inspección en el exterior, el estado perfecto de las defensas como tipo y figura de la seguridad de que goza la Iglesia, y para poder contarlo a las generaciones venideras. Porque este Dios, nuestro Dios por siempre jamás y eternamente, será nuestro Guiador aun hasta el fin de nuestra vida.

*El Evangelio:* — Mat, 11:12-15. (El "Common Service Book" sugiere Juan 8:31-36.)

*El Prefacio Común.*

#### APUNTES REFERENTES AL SANTO EVANGELIO

*Adapt. y trad. de "Das Evangelium Matthäi" del Dr. Oskar Pank. C. Ed. Muellers Verlagsbuchhandlung, Halle 1920.*

"El que tiene oídos para oír, oiga." Conocemos el tono serio de estas palabras. Dondequiera que nuestro Señor emplea este tono, lo hace para inculcar alguna verdad especialmente significativa. En el presente momento, como en todo momento, su Palabra cae sobre las conciencias de la cristiandad luterana cual martillazo, en este aniversario del día en que cuatro siglos y medio atrás el martillo de Lutero golpeó con fuerza en las puertas de la Iglesia cristiana. El texto nos traslada a los días más gloriosos que el mundo ha visto, los días en que el reino de los cielos llegó a esta tierra en la persona de nuestro Señor Jesucristo, los días en que el Antiguo Testamento alcanzó su punto culminante en S. Juan Bautista, y amanecía el Nuevo Testamento. Al rayar el alba apareció el Bautista, de quien decía nuestro Señor que entre los nacidos de mujer, no se había levantado otro mayor. Sin embargo, el menor en el reino de los cielos mayor es que él. El menor en el reino de Dios del Nuevo Testamento es mayor y más rico, por cuanto S. Juan poseía únicamente la promesa, estaba parado en el umbral, mientras que el más humilde pecador que por fe se ha aferrado a Jesucristo como a su Salvador, está en el santuario mismo, y tiene más abundante gracia que

aquel que aún pregunta: "¿Eres tú Aquel que había de venir, o debemos esperar a otro?"

Respecto de los días aquellos en que alboreaba el Nuevo Testamento, nuestro Señor dijo: "Desde los días de Juan Bautista (desde que J. Bautista desapareció de la escena) hasta ahora, el reino de los cielos es tomado a viva fuerza (o ha estado viviendo con violencia), y los valientes lo arrebatan." Jesús no se refería a la violencia de enemigos que recurren a persecución y asesinato para destruir al reino de los cielos. Se trata aquí de una violencia sagrada que arrebató el reino de los cielos y se apodera de él, una violencia que hace a los hombres herederos de Dios. La fuerza empleada es espiritual, no física, la violencia es hecha con el corazón y el alma, no con el puño. Es una violencia que para Dios resulta de sumo agrado. En estos tempranos días, almas sedientas y hambrientas de salvación tomaron el reino de los cielos a viva fuerza, como por asalto. Se había apoderado del pueblo un espíritu que no podía ser ocultado. Mediante su fe, contrición y oraciones lucharon denodadamente, y su botín y premio fué el reino de los cielos.

El mundo no volverá a ver ni podrá volver a ver días tales de sagrada violencia. Sin embargo, la historia de la Iglesia cristiana registra épocas similares en que los hombres tomaron el reino de los cielos a viva fuerza. A períodos de decadencia siguieron períodos de renovado vigor espiritual. Cuando el reino de Dios ya casi parecía haber desaparecido y haber sido relegado al olvido, hubo corazones que volvieron a tomar posesión de él a viva fuerza. Así aconteció en los grandes días de la Reforma.

Después de que Lutero había bregado en vano por lograr paz en la cogulla monacal de renunciamiento y mortificación, y cuando al final el cielo se abrió para su alma "por la sola fe", él arremetió contra las puertas mismas del cielo con el poder de su fe hasta tomarlas. Más tarde "tomó" el cielo siempre de nuevo mediante la oración. Sin duda alguna, la cualidad más grande y más noble de este héroe en el reino de Dios fué la fe con que asaltó y tomó el cielo con violencia y denuedo. En la noche antes de comparecer ante la Dieta de Worms se le oyó orar como si estuviese dispuesto a hacer descender el cielo a la tierra con la violencia y fuerza de su fe: "¡Oh Dios, oh Dios, tú eres mío, tú eres mi Dios! Apóyame contra la razón y la sabidu-

ría de todos los hombres. T i e n e s que hacerlo; pues si dirijo mis ojos hacia lo que es poderoso en este mundo, mi fracaso es inevitable, la campana ya ha sido fundida (= la campana cuyos toques anuncian la próxima muerte del reo), la sentencia está pronunciada. Asísteme tú, Dios fiel y eterno; pues no deposito mi confianza en hombre alguno." Junto a la cabecera del enfermo Melanchthon, Lutero demandó en oración que no se le permitiera al diablo destruir ese instrumento de Dios. En una carta dirigida al tímido Melanchthon en Augsburg, Lutero escribe: "Dios asignó a este asunto un lugar más allá y por encima de tu retórica y filosofía. Esto significa: ¡Cree!... Si Cristo hubiese de perder en Augsburg su título de 'Rey de reyes y Señor de señores', lo habrá perdido también en el cielo y en la tierra."

Como Lutero, así fueron también los creyentes heroicos de aquellos días que siguieron su estandarte, y miles y miles de otros que fueron ganados por el poder de la predicación evangélica. Una férvida emoción se había apoderado de hombres de todas las esferas, hombres que, hambrientos de salvación, echaron manos del reino de los cielos, lo asaltaron y le hicieron violencia. Comentando nuestro texto, Lutero escribió en cierta oportunidad: "El evangelio no es predicado en vano: siempre hay gente que lo oye y lo ama con violencia, en tal forma que arriesgan su cuerpo y vida por amor de la Palabra divina. Su conciencia los impele con fuerza irresistible a oír el evangelio, y no hay quien pueda retenerlos." Esta gente virtualmente asediaba los templos de predicadores evangélicos. Tanta era la avidez con que se esperaba cada nuevo escrito, cada nuevo himno de Lutero, que las imprentas se veían imposibilitados de satisfacer con tiempo todas las demandas. Sucedia a menudo que congregaciones enteras interrumpieron un sermón católico entonando uno de los himnos de Lutero y obligando así al sacerdote a abandonar el púlpito. Todo esto era el 'tomar el reino de los cielos a viva fuerza' de que Jesús habla en nuestro texto.

¿Cómo quedamos nosotros al compararnos con estos héroes de la fe? Hay quienes se sienten inducidos a prorrumper en lamentos y acusaciones, en tanto que pasan por alto lo bueno que nuestro tiempo ofrece. Mas no es ésta la actitud que conviene asumir en el momento presente. Puede afirmarse sin vacila-

ción que el período de la historia eclesiástica que nos tocó vivir es una época de franco crecimiento. Muchos de los que antaño tenían muy escaso interés en el reino de Dios, ahora están aprendiendo a buscarlo. Pero no es cuestión de buscarlo meramente; se trata de luchar, y de aplicar sagrada violencia. El que quiera alcanzar el cielo debe intentarlo con entera seriedad. Mas ¿dónde están los que hoy día realmente luchan y forcejean con esa determinación que caracterizaba a Lutero? ¿Dónde están los héroes que mediante sus oraciones toman el cielo por asalto? Si aquí, entre nosotros, se produjese una persecución de cristianos, y todos los que van a los cultos y profesan creer en el evangelio tuviesen que perder su posición, sus posesiones y medios de subsistencia, ¿a cuántos de nosotros se los vería en la iglesia? ¿Cuántos permaneceríamos fieles a nuestra confesión, fieles hasta la muerte? Seamos honestos y sinceros aunque tengamos que avergonzarnos. Parecemos enanos al lado de los héroes de la Reforma.

Tú, oh Cristo, nos ayudas:  
con tu Iglesia siempre estás.  
Sólo en tí, Señor, confiamos,  
no nos dejes desmayar:  
tú diriges, tú diriges  
y tu reino triunfará.

(*Himnario Ev. Lut.* 200:4)

De: *F. Lindemann*, "The Sermon and the Propers", tomo IV, CPH,  
St. Louis, Mo 1959 -- trad. E. S.

### ¿SABIA UD. QUE...?

*Se encontró la Biblia del rey Gustavo Adolfo:* Un sastrero vienés vendió a la universidad de Yale en los Estados Unidos de Norteamérica por un precio de 60.000 dólares una biblia que contiene notas puestas por el conocido rey de Suecia Gustavo Adolfo en los márgenes de las páginas. El sastrero había encontrado esta biblia valiosa en un rincón abandonado de su casa paterna en Moravia. La biblia es una de los dos ejemplares que el joven rey hizo imprimir para su uso exclusivo. No hay rastros del segundo ejemplar.

F. L.